



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Crónica de un safari arquitectónico

Autor: Sescosse, Federico

Forma sugerida de citar: Sescosse, F. (1994). Crónica de un safari arquitectónico. *Cuadernos Americanos*, 3(45), 239-246.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 45, (mayo - junio de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CRÓNICA DE UN SAFARI ARQUITECTÓNICO

Por *Federico* SESCOSSÉ

MIEMBRO HONORARIO DEL INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

NUESTRA AMISTAD COMENZÓ UNA TARDE del mes de julio de un año de la década de los cincuenta en que llegó a mi casa un jovenzuelo a decirme que unas "señoras muy importantes" querían conocerme, y, como es natural, no pude resistir la tentación, y acompañando al mandadero llegué hasta una pequeña y humilde fonda que por aquel entonces había sido instalada precisamente enfrente de la esplendorosa fachada de la catedral de Zacatecas, la cual se encontraba debidamente iluminada con potentes reflectores cuya luz permitía apreciar todos los detalles de su profusa ornamentación.

Las tres "importantes señoras", guapas y bien vestidas, atractivas y amables, me recibieron extendiéndome sus manos generosamente sobre la tosca mesilla de pino, y con una sonrisa a la vez gentil y altiva me invitaron a ocupar el cuarto asiento y comenzamos a entablar el obligado coloquio sobre la joya arquitectónica de Zacatecas.

Una de las damas era la doctora Elisa Vargas Lugo, que habría de llegar a ser la esposa del maestro Carlos Bosch García, historiador de nota en ramos tan especializados y poco transitados como las tortuosas y oscuras relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos y las casi desconocidas peripecias y aventuras de una nación confinada por las inmensidades del Atlántico y el Pacífico que, lejos de haber sido connotada por su importancia marítima, su istmo, sus playas y sus grandes planicies costeras, se había hecho famosa por sus minas de plata en el lomo de su esqueleto montañoso y por sus civilizaciones indígenas ubicadas en las altas mesetas.

Carlos Bosch, esposo de Elisa, había de convertirse junto con ella en una pareja de entrañables amigos con la cual emprendí el

año de 1980 un safari arquitectónico-fotográfico por los cuatro puntos cardinales de mi estado natal, Zacatecas, poco conocido por ellos y por casi todos los mexicanos, en sus grandes desiertos del norte, en sus extensos campos labrantíos del noroeste, sus soledades cubiertas de inmensas nopaleras por el oriente y sus abruptos y feraces cañones en el sur, flanqueados por altas sierras y regados por los ríos más importantes —aunque no mucho— del estado.

Comenzamos por el oriente, sobre la carretera que une a Zacatecas con San Luis Potosí, utilizando los esposos su wagoneta Volkswagen, provista de todas las facilidades imaginables para una excursión como aquella, en la que habríamos de tener como base de operaciones la capital del estado, y de allí partir hacia los cuatro puntos cardinales, para retornar a veces al cómodo alojamiento de un hotel y de mi casa y pasar también alguna noche durmiendo en nuestros vehículos. Yo, por mi parte, iba solo, en una camioneta de carga de media tonelada provista de una caseta con ventanillas y cortinas laterales y un colchón con su correspondiente almohada y sus cobijas. Casi la totalidad de las vituallas había sido provista por los esposos Bosch, con el buen gusto y la esplendidez de Elisa y el conocimiento de Carlos sobre los más eminentes productos de la vinicultura de su tierra catalana, o de la nunca bien alabada región de La Rioja, cuyas delicias habrían de amenizar los sucesivos banquetes “sobre la hierba” que se completaban con los más variados y exquisitos menús, de los cuales gocé diariamente en su agradable compañía.

Carlos Bosch era un catalán “británico”, con estudios en Oxford que le habían dejado un doble y simpático carácter de “historiador-cazador” que, con sus flexibles piernas, su bien configurado rostro de mechón en la frente, su sombrero de anchas alas y su cazadora de cuatro bolsillos, me hacían recordar a uno de aquellos intrépidos exploradores del África, como Burke o Livingstone, y, a la vez, me traían a la mente los versos de Rubén Darío dedicados a Teodoro Roosevelt:

Cazador primitivo y moderno
sencillo y complicado
con un algo de Washington
y cuatro de Nemrod.

Llegamos, por principio de cuentas, a lo que fuera la antigua hacienda del Carro y que ahora se llama, para su desventura, “González Ortega”.

Su iglesia, única en muchos aspectos dentro de la producción arquitectónica de su época, fue mandada construir por don Juan Nepomuceno Moncada y Berrio, tercer conde de San Mateo de Valparaíso y Marqués de Jaral de Berrio y, según datos de Elías Amador en su *Bosquejo histórico de Zacatecas* (capítulo LXXVIII) tuvo un costo de 100 000 pesos y el arquitecto que trazó y dirigió la espléndida obra fue Tomás Castillo, constructor indígena originario de San Luis Potosí.

La iglesia se conserva milagrosamente intocada, con su tribuna para la familia de los condes, su pintura original, con retratos de algunos de sus miembros pintados en las bóvedas en forma de querubines, y en mi concepto es una obra romántica, digna de codearse con las más insignes de Tolsá o Tresguerras. Con una fachada sobria, complementada por dos bellísimas torres de remates piramidales. Con su planta cruciforme, su cúpula con apoyos y refuerzos en forma de modillones invertidos, las cupulillas de sus dos sacristías y la homogeneidad y belleza de su cantera rosa, la elegancia de diseño de todos sus detalles ornamentales, pináculos, macetones, flameros, ventanas y linternillas, la hacen, a mi juicio, un ejemplo tan insigne como desconocido de una rica manera de ver el neoclásico con gran acierto en las proporciones, precisión en las líneas y armonía en la composición.

De allí pasamos al pueblo de Pinos, que por aquel entonces aún se encontraba repleto de anuncios de refrescos, bebidas y cigarros; de letreros luminosos parpadeantes y otras horribles adiciones que lo afeaban y que ahora han sido totalmente eliminados, juntamente con uno que otro adefesio arquitectónico. Sus calles han sido limpiamente pavimentadas y arboladas y el acceso al bello y raro ejemplo que es la iglesia de Tlaxcalilla, extraño caso de un templo del siglo XVIII que soporta sobre sus lomos uno del XIX y que no por ello deja de tener gran unidad y belleza, con la pintura azul y blanca de sus fachadas que —acierto de efecto sorprendente— se complementa con un grupo de gallardos cipreses que alegran y a la vez solemnizan la primera visión del conjunto.

Visitamos también el templo de San Francisco, que aún tenía su piso de madera de pino y debajo antiguas tumbas del tiempo colonial. Resaltaba su bello retablo de estípites y su inefable “Cristo manco crucificado”, que no por incompleto deja de ser hermoso, y finalizamos la visita en la parroquia que, como Tlaxcalilla, también soporta el peso —lateral— de una imponente iglesia del XIX, la cual se entromete por el lado izquierdo, mutilando la fachada por la

calle de ese lado, ignominiosamente, de la cual sólo sus arcos de medio punto fueron concluidos y que en su interior alberga únicamente pequeños aposentos que sirven para las oficinas parroquiales.

De allí nos pasamos a visitar una de las grandes haciendas mezcaleras, fabricada por miembros de la dinastía Gordo, ubicada hacia el poniente del pueblo, más allá de las numerosas e imponentes ruinas de las fundiciones mineras de los siglos XVIII y XIX llamada La Trinidad; enorme complejo de construcciones vacías en magnífico estado de conservación. Un repertorio de formas geométricas circulares, prismáticas, cónicas y cubiertas con sucesivas bóvedas de cañón, en las habitaciones de los peones, grandes galpones que albergaron las tinas de fermentación y las bodegas; redondos molinos para hacer girar en ellos las grandes piedras de metapil, movidas por troncos de mulas para exprimir el jugo de las cabezas de magueyes cocidos en los hornos y que una vez estuvieran repletos de cabezas de los verdes agaves mezcaleros —diferentes de los azules de Tequila— para ablandarlos con fuego de palmas y nopales secos y quizá con leña llevada de muy largas distancias. Este variado repertorio de formas se termina con la aparición de una curiosa chimenea de sección cuadrangular que ostenta en su exterior una escalera en espiral hecha sobre sus cuatro caras con losas de basalto de considerable grosor y longitud y que le da un aspecto difícil de encontrar en cualquiera otra parte del mundo. La soledad melancólica de los patios, de los corrales y caballerizas que empezamos a ver tan pronto traspusimos el vano de ingreso —carente de las necesarias puertas—, se mitiga con la presencia de la casa grande, ahora remozada y habitada por dueños potosinos, anexa a la pequeña capilla de puertas infranqueables y paramento de cal, con acertados toques de azul añil en los marcos de la puerta y la ventana.

Salimos nuevamente por el portón, despedidos por un viejo encofrado y un grupo de chiquillos gritadores y perros ladradores que nos acompañaron un buen trecho, y nos dispusimos a regresar a Zacatecas para emprender al día siguiente nuestro viaje hacia el norte.

El día había sido completo, la comida deliciosa, los vinos memorables y la compañía casual y fugaz de un clérigo amigo, de raro talento y notable erudición, nos disponían favorablemente para emprender el largo camino que nos esperaba.

A la mañana siguiente, utilizando un Ford LTD 1975, amplio y cómodo, con cajuela suficiente para llevar el equipo y las viandas de nuestro banquete campestre cotidiano, nos dispusimos a tomar

la carretera que habría de llevarnos a los municipios de Concepción del Oro y Mazapil, pasando por cerca de 300 kilómetros de desierto; de un desierto bello e imponente, a veces cubierto de palmas zamandocas y a veces sólo de "gobernadora" y "candelilla", salpicado de pequeñísimos y tristes ranchos solitarios pero a la vez lleno de impresionantes lejanías vencidas por la solitaria carretera de larguísimas tangentes, enormes planicies rodeadas de cerros azules que en el paso de Rocamontes se torna sinuosa para descanso de las mentes y los ojos.

Llegamos a Concepción del Oro, feo pueblo minero con una fea iglesia recién construida, calles sucias y serpeantes que pasamos sin detenernos porque llevábamos ante nosotros la ilusión de ver el hermoso templecito del poblado minero de Aranzazú, con su interior forrado de bellos retablos estípites de pequeñas dimensiones pero de gran riqueza formal, en su peculiar ubicación, acurrucada en los repliegues de la serranía, por donde habríamos de subir para llegar al pueblo de Mazapil. Disfrutamos de los retablos estípites que poco tiempo después habrían de ser desmontados y transportados a la estación del ferrocarril, lejana y polvorienta, de El Salvador, en donde habrían de ser quemados en su totalidad a causa de riñas entre la gente del poblado y que, para sorpresa nuestra, habría de completarse poco tiempo después con la total destrucción de la bella iglesita para ser sustituida por otra nueva de horribles proporciones y enorme factura grotesca, que es la que ahora padece el pueblecito que fuera bautizado originalmente con el sonoro nombre de Aranzazú, Virgen patrona de los vascos.

Habíamos comenzado por recorrer en la mañana, al iniciar el viaje, una zona rica y próspera, de producción agrícola, para dejarla pronto y convertirse el largo trayecto, como ya he dicho, en interminables rectas sobre llanos desérticos de horizontes a veces ilimitados.

Allí el desierto era hermoso, a pesar de su flora hostil y su absoluta ausencia de árboles acogedores. Al principio algunos huizaches y uno que otro mezquite y después enormes extensiones de palmares con sus retorcidos brazos y sus duras punzantes hojas, que adoptaban formas torturadas que sirvieron al ilustre pintor zacatecano, Francisco Goitia, para pintar algunos de sus cuadros más impresionantes.

Se desarrolló el viaje sin incidentes; pasamos, como ya dije, el mineral de Concepción del Oro, y horrorizados de lo que habíamos visto en Aranzazú emprendimos la subida para trasponer la sierra

de Mazapil y llegar a una de sus cumbres en donde se encuentra este pueblo, ese día casi desierto, y que fuera en un tiempo gran emporio minero. Sus calles vacías, rectas, amplias y solitarias sólo nos ofrecieron el interés de su parroquia del siglo XVIII con capillas que tienen en sus testeros bellos retablos estípite, uno de los cuales se quemó parcialmente por la absurda costumbre de poner velas y veladoras sobre sus cornizuelos o sobre la mesa del altar y que ostenta aún las negras cicatrices entre el esplendor de la decoración de oro rutilante.

Volvimos a emprender nuestro camino pasando, barranca de por medio, frente a una mina de turquesas, las de mejor calidad en territorio mexicano, y junto a grandes montañas cubiertas de pequeños cedros de forma esférica y colocados sobre la superficie del terreno en forma asaz simétrica y equidistante, como si hubieran sido plantados por la mano de un jardinero. Comentamos tan extraña y hermosa vegetación, y a poco andar, tras de gozar nuestro diario banquete a la sombra de uno de los últimos cedros, comenzamos a recorrer una nueva planicie polvorienta de muy escasa y triste vegetación, compuesta principalmente de lechuguilla, cardenches, gobernadora, candelilla y guayule, y al fin llegamos al final de nuestro viaje de aquel día, que era la antigua hacienda de Cedros, emporio agrícola y guayulero en épocas pasadas, y encontramos una iglesia de gran tamaño, sobria arquitectura del XVIII, y en su interior un numeroso conjunto de óleos sobre tela del siglo XVIII, con retratos de arzobispos de Durango, a cuya arquidiócesis perteneció el lugar en algún tiempo, y en los nichos pequeñas esculturas estofadas de gran calidad. Nuestra compañera Elisa, cámara en ristre, los retrató a todos, y, para nuestra sorpresa, encontramos que aquella gran hacienda de antaño se había convertido en un villorrio de apenas diez o quince vecinos.

Las nudosas manos de una humilde anciana empuñaron la llave del portón y lograron, tras algunos esfuerzos, hacer correr el pestillo para dejarnos salir del lugar.

Nuestro regreso fue un poco triste, por considerar lo ocurrido a la iglesita de Aranzazú y por el desamparo y potencial desaparición de los tesoros de Cedros.

La tercera y última excursión que mencionaré en esta crónica será la que hicimos hacia el sur y surponiente, pasando por lo que queda de la antigua bella e importante hacienda de Malpaso, con su alameda estúpidamente partida en dos por una carretera, por simple afán vandálico, el año de 1923.

Pasamos también por Jerez, ameno valle de importantes monumentos en el cual, sin duda, lo de mayor interés es la parte antigua del Panteón de Dolores, en donde se pueden ver un puñado de tumbas que son grandes obras de cantería y realizaciones de un estilo ecléctico de factura sui géneris y ornamentación romántica de gran finura y exquisitez de trazo, como en El Carro.

Ahí puede también admirarse la rara y hermosa portada del atrio del Santuario de la Soledad, obra, como el cementerio, de anónimos artífices y que comulga con algunas otras del estado y de otros como el poniente de Jalisco y Guanajuato, en una simbiosis estilística que consiste en que los canteros comenzaron por labrar y erigir haces de columnas corintias con su respectiva éntasis bien calculada, sus bases y sus capiteles rica y ortodoxamente labrados, y después siguieron la fábrica con cerramientos de arcos apuntados de estirpe gótica y cresterías de formas fantásticas, finas y de gran movimiento, que recuerdan el arte del siglo xiv. Esta simbiosis nos permite titular este tipo de arquitectura que se desarrolló en tan amplia región de México, con el simpático título de "estilo clasigótico". Perdone el lector este atrevimiento que algún día podrá confirmarse con seriedad por medio de un estudio amplio de los numerosos casos que se conocen.

Pasamos adelante; recorrimos varios pueblos y nos desviamos de la carretera que va a Guadalajara en el de Tepechtlán y comenzamos a transitar por una de tierra que nos llevó a los pueblos de Villa Guerrero, Temastián y, por fin, comenzamos a descender la empinada cuesta de Bolaños, territorio de Jalisco muy olvidado y abandonado. Antiguo centro minero que al principio del siglo pasado fue explotado por la Bolaños Mining Company tras de haberlo sido por españoles, criollos y peninsulares, en el xviii. Enfrente de nosotros estaba la imponente masa de la sierra de los huicholes, y en el fondo, a lo largo del río de Bolaños, el pueblo de ese nombre con su urbanística "lineal", sus tres magníficas iglesias dieciochescas, de relevante interés, sus grandes ruinas de instalaciones mineras, sus túneles mineros abiertos al otro lado del río, su flora lujuriente y su interesantísima Casa de Moneda (siglo xviii) que se conserva (o se conservaba) en un estado que permite apreciar la importancia que una vez tuvo el mineral.

A principios del siglo, la compañía británica diseñó y construyó maquinaria compuesta de locomotoras de vapor sobre orugas para arrastrar trenes de grandes vagonetas, también de orugas, que habrían de pasar por el camino que con facilidad recorrimos y

que en aquel entonces no existía y era preciso subir y bajar cerros y barrancas abruptas, pedregosas y aun cubiertas de bosques, para llevar herramientas y combustibles a la mina y traer a Zacatecas el mineral extraído para embarcarlo por el ferrocarril central a su destino.

Vimos, por último, “La casa del Gringo”, lo más espectacular, interesante y raro de nuestro viaje. Su fachada, del siglo XVIII, ostenta una obra de argamasa que representa una escena de cacería al estilo colonial, con mosquetones y arcabuces persiguiendo venados, liebres y jabalíes.

El interior ha sido “remodelado” al estilo inglés con sobriedad, comodidad y extraordinario buen gusto. Es obra novohispana modificada con éxito, increíble, por el gusto sajón.

Cenamos en una limpia fonda de blancos manteles cubiertos de plástico, en compañía de uno o dos habitantes del lugar que amablemente respondían a nuestras preguntas y dormimos en la plaza, a pierna suelta, dentro de nuestros vehículos. Al día siguiente retornamos a Zacatecas para nuevas “empresas” que ya no describiré, y con gran sentimiento de mi parte, nuestra querida y amable pareja de visitantes capitalinos decidió retornar a la metrópoli, en donde recientemente tuvimos la gran pena de perder al entrañable amigo, al historiador catalán, don Carlos Bosch García, que de Dios goce.